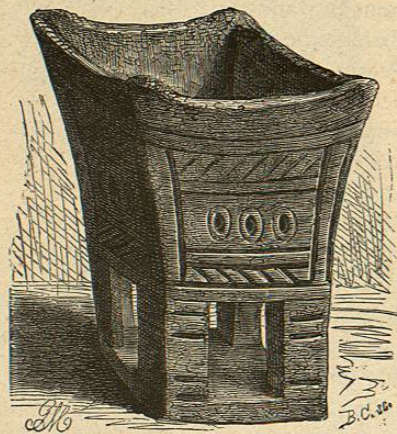


alcanzase toda la Abisinia: lo probable es que el cristianismo, y quizás el judaísmo, fuese reconocido accidentalmente por los soberanos de Axum, antes de que aquella religión sentara definitivamente sus reales en esos territorios. El último monarca himiarítico de Abisinia fué amigo de los judíos. Conócese una inscripción de carácter monoteísta que data del siglo quinto ó sexto después de J. C. y que, según Dillmann, «indica el uso del lenguaje bíblico.» Por aquel tiempo había reyes judíos en el Sud de Arabia, siendo seguro que había griegos cristianos en el puerto de Axum. A fines del siglo quinto aparece todavía el rey Tazena como pagano. La conversión, iniciada en tiempo de Constancio, á quien se debe la primera prueba positivamente histórica de la implantación del cristianismo en Abisinia, no hizo al principio grandes progresos; esto no obstante, la tradición abisinia atribuye á otros nueve monjes del romano imperio, además de los apóstoles Frumencio y Aedesio, grandes trabajos de conversión. Pero ya



Pebetero árabe de arcilla. (Museo para Etnografía, Berlín)

en el siglo sexto Abisinia era considerada como potencia protectora de los cristianos en los territorios del mar Rojo, siendo ella la que llevó el cristianismo á la Arabia meridional.

El enlace con el antiguo Egipto no ha sido demostrado. Sobre este particular no debemos dar un valor equivocado á los famosos obeliscos de Axum, que aparecen hoy derribados ó destruidos. Estos obeliscos, cuyo número debió ser antiguamente de 55, son pequeños unos, otros alcanzaron una altura de 25 metros; el más alto de los que quedan en pie casi tiene 20 metros de elevación. Algunos son rústicos, otros están regularmente labrados; uno de ellos tiene en la cara anterior de su base una puerta con su correspondiente cerradura y encima hay varios pisos con ventanas, todo ello coronado por una especie de frontón; en otro hay unas charnelas en forma de sarmientos. La disposición de estas obras no presenta regularidad y sólo hipotéticamente supone Rüppell que son monumentos sepulcrales: nada hay en ellos que ostente el sello egipcio antiguo, pudiendo ser muy bien trabajos de posteriores constructores greco-egipcios. De análogo origen es quizás la figura labrada en la roca en forma de esfinge que encontramos en la orilla del lago de Entscharo. En cambio hay en muchos puntos de Abisinia macizas construcciones de piedra con grandes muros construídos sin mortero y por la simple yuxtaposición de grandes piedras: tales son las casas construídas en las colinas, las murallas y los edificios al parecer destinados á asambleas. Quizás podríamos citar también dentro de este orden las iglesias abiertas en las peñas de que antes hemos hablado y que recuerdan las construcciones árabes, sirias é indias. Ya hemos indicado que en el

patrimonio de la cultura de los abisinios podrían encontrarse numerosos elementos egipcios.

Las relaciones que por la parte del mar sostuvo indudablemente este territorio con Grecia tuvieron un carácter poco trascendental; esto no obstante los abisinios no se sustrajeron del todo á la influencia de la civilización griega. Estas relaciones fueron especialmente importantes desde el punto de vista de la imposición de un nombre que á la postre aceptaron los abisinios. El concepto griego de etíope, apareció en un principio envuelto en el Kesch egipcio, el cual no significaba otra cosa que territorios fronterizos del Sud de Egipto. La devoción, la abundancia de sacrificios y el amor de Dios que resplandecen en los etíopes homéricos han sido relacionados con rumores que, relativos al Estado teocrático de Ammón en el Alto Egipto y en Nubia, llegaron hasta los griegos. Cuando se conoció más á fondo los territorios sud-egipcios, extendióse también en este sentido el concepto de Etiopía que Herodoto hace llegar al mar del Sud. Ese nombre, sin embargo, se aplicó luego á Abisinia y durante mucho tiempo se limitó á ésta porque el país abisinio fué el más conocido de cuantos se extendían al Sud de Egipto y porque los abisinios cristianos adoptaron con orgullo el nombre consignado en la Biblia griega. Las noticias más seguras de Abisinia nos han llegado por la parte del mar por conducto de los navegantes griegos que en tiempo de los Ptolomeos navegaron por el mar Rojo hacia el Sud y cargaron maderas de construcción y marfil en las cercanías de la actual desembocadura del Barka y en los alrededores de Massaua ó Arkiko, fundando allí ciudades de las cuales existen varias inscripciones. Adula (actualmente Zulla) fué durante los períodos griego y romano la gran plaza comercial de estas costas. El rey indígena llamábase en el siglo primero después de J. C. Zoskales, su reino llevaba el nombre de Axum y el trono de mármol de Adula cubierto de inscripciones griegas demuestra que la cultura griega había echado allí raíces y que se fundó entonces por vez primera en estas comarcas un «reino axumítico» que llegó á tener gran importancia. Posteriores inscripciones permiten conocer el establecimiento permanente en el Sud de Arabia y en el siglo cuarto usábase aquí junto á la escritura griega la himiarítica: de la propia época poseemos monedas de oro, de plata y de cobre con inscripciones griegas. Muy oportunamente hace observar Dillmann que durante el desarrollo y el florecimiento del reino axumítico dejó sentir su influencia y se tradujo en los signos de escritura abisinios la unión de los elementos de cultura de la Arabia del Sud y de Grecia: el alfabeto ghez nació del sabeo, al paso que se siguieron usando los números griegos.

Observando de lejos el desenvolvimiento del cristianismo en Abisinia, veremos que el suceso de mayor importancia que durante él se presentó fué el desarrollo del mahometismo alrededor de las fronteras de aquella religión, desarrollo que incomunicó á Abisinia con la Iglesia matriz egipcia y convirtió á ese lejano país en una isla cristiana en medio del Océano islámico. Gracias á la gran proximidad de Abisinia á los lugares en que nació el mahometismo, éste penetró pronto en aquel país, bien que sin hacer grandes conquistas. La nueva doctrina se enseñoreó del reino de Adel (Adaiel, Ad Alli), pero arrojada de él, no consiguió ocupar un puesto principal en la historia del mismo hasta que los gallas mahometanos del Sud penetraron en el país y separando á Choa del núcleo abisinio, causaron á éste gran desperjuicios. Lentamente íbase preparando el completo acordonamiento de este país por Estados y pueblos mahometanos, que quedó perfeccionado

en el siglo décimosexto á consecuencia de haber invadido los turcos mahometanos las fronteras marítimas de Abisinia: en efecto, en 1557 los turcos ocuparon las fortalezas de Massaua y de Arkiko. Cuando en 1520 Alvarez hizo su viaje á Abisinia, huyeron de Djedah infinidad de «francos,» es decir de cristianos europeos (alemanes, genoveses, vascos, catalanes y griegos) prisioneros del sultán y con ellos bastantes cristianos abisinios: todos juntos llegaron á Massaua, siendo amigablemente acogidos por el emperador abisinio, que les dió tierras y vasallos y á cuyo servicio presentaron un papel importante.

En los territorios costaneros que se extienden al Sud y al Este de las comarcas abisinias ha habido de continuo pequeñas inmigraciones: ya en el primer tomo hicimos constar la existencia de huellas de las mismas en los países de los gallas, somalís y danakils. No abundan mucho los casos en que la tradición generalizada de una procedencia árabe pueda hacerse arrancar de un hecho concreto, pero no sin razón se ha pensado en tomar como puntos de partida colonias mercantiles árabes: así, por ejemplo, se sabe que el pequeño puerto de Ed, de la costa de Danakil, fué fundado hace 250 años por el jeque de los damhoitas. Los damhoitas son designados en la leyenda de los danakils como inmigrantes procentes del Yemen.

En la parte ecuatorial de la costa oriental, la unión del semitismo invasor con los africanos en tales comarcas residentes no consiguió traducirse en formas tan sólidas como las que encontramos en Egipto, Nubia y Abisinia: los efectos de esta unión aparecen más diseminados, cambiando también más á menudo el emplazamiento de los puntos de reunión de las expediciones mercantiles y de conquista de los árabes, como en los modernos tiempos Zanzíbar. Ya Madagascar nos ha demostrado que la influencia árabe en estos territorios data de muy antiguo: la mayor parte de los sucesos que la trajeron están envueltos en las tinieblas de los tiempos prehistóricos, pero hasta los mismos acontecimientos ignorados están iluminados por cierta luz hipotética producida por las evoluciones que produjo la presencia de los árabes en las costas del Africa oriental ecuatorial; y decimos esto porque también aquí hubo de cumplirse la ley de la historia primitiva, ó sea la repetición casi uniforme de los hechos. Puede admitirse que los árabes mientras fueron paganos no fundaron en el Este de Africa ningún Estado formal, ni promulgaron leyes, ni fueron colonizadores ni conquistadores; lo único que hicieron fué crear casas mercantiles: según Krapf, la causa de que no avanzaran como conquistadores fué que ni siquiera en Arabia constituían una unidad política, pues estaban divididos en varias tribus. Otra cosa sucedió cuando se hicieron mahometanos y simultáneamente sentaron su firme planta en estas costas que de antiguo conocían: Magedschu (fundada en el año 295 de la Hégira). Quiloa (en 365), Sofala (en 510 á 520) eran ya residencias fijas cuando los portugueses llegaron á estas costas (1498): mucho antes se habían también establecido en las Comores y en Madagascar.

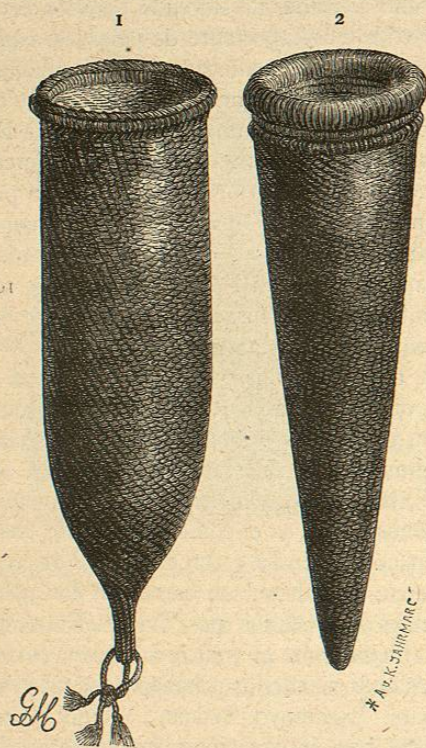
Los árabes, al igual que los caudillos indígenas, reconocieron en 1503 la soberanía de los portugueses; pero á fines del siglo décimosexto, los Imanes de Mascate cayeron como conquistadores sobre estas costas, apoderándose de Mombaza (1698) y de Zanzíbar (1784) y extendiendo su dominación hasta la costa de Mozambique. El país comprendido entre el Ecuador y el cabo Delgado fué entonces dependencia de Mascate, hasta que en 1858 fundóse el sultanato independiente de Zanzíbar regido por Said Medjid. Los únicos acontecimientos importantes que des-

de entonces ocurrieron en la historia de Zanzíbar fueron la abolición del comercio de esclavos en virtud del tratado con Inglaterra (1873) y las ocupaciones realizadas por los alemanes durante los últimos años. La gran isla de Zanzíbar tiene 130 millas cuadradas de superficie y contaba hace diez años 150.000 habitantes, de los cuales más de dos terceras partes eran negros libres y esclavos y 6.000 eran indios. El resto de la población componíase de árabes en abigarrada mezcla que constituían la raza dominante y hacían de esta afortunada isla el punto de partida de aquellas notables expediciones, en un principio comerciales y más tarde políticas, que llevaron hasta los lagos que son las fuentes del Nilo, mucho antes que á los europeos, á los comerciantes árabes y con ellos el islamismo. La soberanía del sultán de Zanzíbar se extiende hasta más allá del Tanganika. Gracias á ello Zanzíbar ha sido aún para los europeos el punto de partida más importante de todas las expediciones que en estos territorios han llevado á cabo, habiendo dejado muy atrás en punto á influencia política, moral y mercantil á las demás plazas comprendidas entre la bahía Delagoa y el cabo Guardafui. El influjo que los árabes ejercen así en las costas como en el interior tiene por base en primer término su animado comercio y en segundo la superioridad de su personalidad y de su cultura más elevada. La isla de Zanzíbar sostiene con Europa y América relaciones mercantiles bastante extensas y que aumentan de año en año: las casas europeas y americanas la surten de géneros de algodón, de estampados, paños, perlas de cera, alambre de latón y de cobre, armas, municiones y productos de Birmingham y exportan de ella clavo de especia, que se cultiva en gran escala, cocos, canela, pimienta, aceite de coco, marfil, laca copal, madera de orchilla, pieles, goma y concha. Menos activo es el comercio que los barcos indígenas hacen con la India y con el golfo Pérsico: los que á este comercio se dedican son barcos de dos palos, en su mayoría árabes y tripulados por árabes. Entre la isla de Zanzíbar y el continente el tráfico mercantil alcanza notables proporciones, siendo los principales centros del mismo Dar es Salaam, Bagamoyo, Sadaani, Whindi, Lamu, Tanga y Mombaza. Las embarcaciones indígenas conducen los productos desde tierra firme á la isla en donde son embarcados para Europa. Además de esto existe el comercio de esclavos que cada día adquiere mayores proporciones, pudiendo asegurarse que los mercaderes árabes van allí todos los años á cargar muchos buques de estos infelices y en gran número.

La población de Zanzíbar se compone de árabes, indios banianos, persas, negros, suahelis, malgaches, europeos, americanos y goanos. La clase principal fórmanla naturalmente los árabes, puesto que son los señores de la isla y poseen á menudo grandes riquezas; en sus manos está el comercio con el interior del continente á donde se dirigen anualmente muchos de ellos, sentando sus reales en Kaseh, en Ujiji y en otros centros mercantiles y enviando á sus esclavos á la compra de esclavos y de marfil. Todo lo que adquieren lo van juntando en sus cuarteles generales y al cabo de algunos años regresan á Zanzíbar para vender sus géneros y hacer nuevos acopios para continuar su comercio. Con mucha frecuencia esos esclavos distinguidos que los árabes envían á compras logran hacerse libres con ayuda de sus señores, convirtiéndose de esta suerte en corresponsales de las casas zanzibaritas establecidos muy adentro del continente. Algunas veces sucede también que disipan el producto de las mercancías que les han sido confiadas ó las pierden en uno de los numerosos accidentes que tal comercio trae consigo y

en estos casos no se atreven á volver al lado de sus amos ó á Zanzíbar, sino que se establecen allí donde se encuentran, forman pequeñas colonias y trafican con los indígenas haciéndose pasar por árabes. Colonias de estas existen en Karagwe, y en Uganda: en Uganda su influencia se ha dejado sentir de una manera notable.

De lo dicho se desprende que la influencia árabe en el interior del continente africano no se presenta siempre basada en la riqueza y en el poder, cuando muchos príncipes mercantiles de este país tienen un origen en extremo humilde. Tampoco es cierto que todas las caravanas árabes sean numerosas, estén dirigidas por los comerciantes más ricos é influyentes y vayan perfectamente armadas y abundantemente provistas de géneros, pues si bien las hay que reúnen estas condiciones, no faltan tampoco indivi-



Filtros para cerveza, de Kordofán (1. Christy Collection, Londres.) - (2. Colección de Hagenbeck, Hamburgo)

duos de más baja estofa que sin tales elementos se arriesgan á arrostrar las penalidades de tan largas expediciones. Camerón, por ejemplo, encontró en la cordillera de Usagara una pequeña caravana perteneciente á un herrero, que se dirigía hacia el Unianiembe y que pensaba hacer fortuna mejorando las condiciones de las armas de fuego que se utilizaban en las luchas contra Mirambo. Encontró también «una abigarrada masa de gentes de todas procedencias que se habían unido para la común defensa: componíase de pequeños contingentes dirigidos por esclavos de los árabes y por algunos libres pobres que sin más que dos ó tres fardos y otros tantos siervos, se encaminaban hacia los países de las riquezas fabulosas en donde, según ellos, el marfil era empleado para construir vallas en los corrales de cerdos y para jambas de puertas.»

La mayor parte de la población, al decir de Wilson los dos tercios, compónese de negros, en su mayoría llevados allí como esclavos de extranjeros países: de ellos un tanto por ciento relativamente pequeño ha conseguido la libertad por la muerte de sus amos ó por otros medios. A esta rama pertenecen los *wangwanas*, que son elemento indispensable en toda caravana que se dirige al interior. El nombre de *wangwanas* significa señores y estos negros lo han

adoptado para diferenciarse de los esclavos que trabajan en las plantaciones. Los *wangwanas* no siempre han nacido en Zanzíbar sino que han llegado allí como esclavos procedentes de las comarcas del interior, pero se han naturalizado por completo y han aprendido el *kisuaheli*; algunos han conquistado la libertad, pero los más son esclavos que entregan á sus amos una parte del jornal á cambio del permiso para entrar al servicio de los viajeros europeos. Todos profesan el mahometismo y se han sometido á la circuncisión para ser «puros», es decir, para poder matar animales para sus dueños. Los más de ellos, sin embargo, tienen escasa idea de las doctrinas de la religión que profesan y rara vez ó nunca rezan las oraciones de precepto. «Durante dos años - decía Wilson - tuve á mi servicio á muchos de estos negros y jamás ví rezar á ninguno de ellos salvo en una ocasión en que atravesando el lago Victoria nos vimos sorprendidos por una terrible tempestad.» A pesar de que casi todos proceden del interior de Africa, miran con desprecio á sus hermanos en el territorio de Zanzíbar y les llaman *waschenzi*, es decir salvajes. Pero su carácter es tan genuinamente negro que al ser comparados con los árabes descubren su afinidad de raza. Cuando un *mgwana* regresa del interior con los bolsillos repletos de oro, empieza por comprarse un traje nuevo y un bastón de paseo y se dedica por poco tiempo á hacer el elegante, comiendo, bebiendo y pasando las noches en orgías. Cuando ha gastado el último céntimo, es decir á las pocas semanas, vende sus vestidos, y una vez disipado el precio que por ellos ha obtenido cubre nuevamente su cuerpo con harapos y busca con quién emprender otro viaje al interior.

Además de los mencionados negros hay allí los *wafudines* ó gentes del trabajo, al parecer habitantes primitivos de Zanzíbar que poseían esta isla antes de que los árabes la conquistaran: habitan en pequeñas aldeas, hablan un dialecto distinto del de la ciudad y dependen de los árabes sin por esto ser esclavos. No es probable que aparezcan en ellos caracteres antropológicos distintivos: en otro tiempo quizás existieron aquéllos, pero en la actualidad tan poca razón hay para singularizarlos desde el punto de vista etnográfico como para calificar de clase aparte á los industriales, que nos recuerdan más bien á las castas de artesanos del Africa occidental que á una rama del pueblo independiente de las demás.

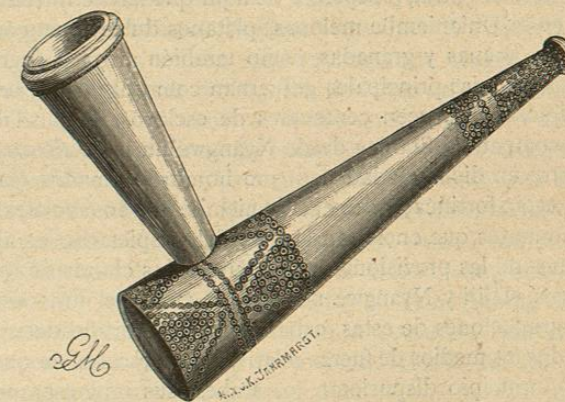
El carácter de la etnografía de Zanzíbar no es la separación sino la mezcla y lo mismo podemos decir del territorio costanero, de que es Zanzíbar en cierto modo el punto típico aun bajo el concepto etnográfico. Ofrécese aquí la noción genérica *suaheli* que tan bien expresa la abigarrada mezcla de pueblos y cuyo origen y modo de ser ha expuesto muy acertadamente Otón Kersten con las siguientes palabras: gracias á la mezcla realizada durante un período de casi mil años entre árabes y negros de las tribus de la costa y gracias también á la introducción durante siglos de esclavos procedentes de casi todas las tribus del Africa oriental y especialmente de los territorios septentrionales, surgió paulatinamente una población tan abigarrada que acabó por ser imposible establecer una distinción rigurosa entre los elementos componentes de la misma, tanto más cuanto que los negros traídos de lejanas tierras adoptaron en muy poco tiempo el idioma y las costumbres de los allí residentes, olvidando su origen y su patria y tomando el nombre de *suahelis* ni más ni menos que si sus antepasados hubiesen residido desde larga fecha en estos territorios. De suerte que bajo la denominación de *suahelis* encontramos todos los matices en el color de la piel y todas las formas medias de la estructura corporal

y del mismo modo que entre estos últimos rara vez se encuentra un individuo cuya sangre pueda ser calificada de pura, entre los negros sedentarios desde hace muchas generaciones pocas familias hay que no hayan sufrido alguna mezcla. Las huellas de esta mezcla se encuentran en las cualidades corporales, en el lenguaje y en el modo de ser no sólo de los individuos sino también del pueblo considerado en su conjunto. La influencia de la raza superior sobre la inferior no ha sido, sin embargo, benéfica bajo todos conceptos: el pueblo *suaheli* no es todavía bastante homogéneo para poder ya ofrecer las buenas condiciones de un verdadero pueblo mestizo que ha podido fundirse por completo gracias á haber estado durante siglos libre de nuevas transfusiones de sangre extranjera. Por regla general los *suahelis* son robustos y bien formados, más bien gruesos que flacos, tienen el pecho muy desarrollado y son de facciones agradables y á menudo hasta hermosas, constituyendo como una acentuación de los rasgos fisonómicos semíticos. Esto no obstante, los *suahelis* desde el punto de vista etnográfico se parecen bastante á los árabes.

Como árabes pueden ser considerados los *suahelis* acomodados: entre ellos y las tribus tenidas por negras, aun desde el punto de vista etnográfico, aparecen las tribus costaneras extraordinariamente mezcladas con árabes y con frecuencia estrechamente relacionadas con éstas aun bajo el concepto político. Son tipo de estas tribus los *wamrimas*, que contrastando con los demás mestizos árabes se diferencian mucho de éstos social y en parte hasta políticamente, razón por la cual se han «ennegrecido» más rápidamente que ellos. Los *omanis* no los reconocen como afines, sino que los declaran *aaJam*, es decir *gentiles*. Forman los *wamrimas* un pequeño grupo étnico en la costa, gobernado por caudillos propios bajo la soberanía del sultán de Zanzíbar, y llevan una vida indolente en medio de sus plantaciones cuyo cultivo está confiado á sus mujeres y á sus innumerables esclavos. Sus principales ganancias, empero, constitúyelas el saqueo de las caravanas que atraviesan sus territorios, cargadas de marfil y de esclavos. Estas gentes que comparten con el sultán de Zanzíbar cierto impuesto, obtienen grandes sumas por medio de escoltas que envían á las caravanas, y cuya misión consiste en traerlas con suave violencia al puerto de su caudillo. Esta política explica el número desproporcionadamente grande de pequeños puertos que se encuentra en estas costas: cada caudillo procura tener uno, principalmente para poder hacer mejor la exportación de esclavos. De estas aldeas-puertos nos hace una exacta descripción R. F. Burton, quien en ella sigue el ejemplo de Koole: «Una aldea compuesta de un par de docenas de cabañas de barro, cuyos techos descansan sobre estacas y que comunica con la playa situada á un nivel mas bajo, por medio de un sendero por el cual durante el reflujo, único período en que se puede desembarcar, se pisa continuamente en una extensión de $\frac{1}{2}$ milla inglesa un terreno fangoso y arenoso. Cada cabaña está rodeada de una alta valla que cierra el corral; algunas chozas tienen una especie de segundo piso que sirve de almacén ó de dormitorio. La única construcción de ladrillo que posee esta aldea es la *gurayasa*, el fuerte, rodeado de un camino de ronda para los centinelas. A este conjunto de chozas se agregan algunos grupos de viviendas en forma de colmenas, que pertenecen á los esclavos y á la gente pobre.» Únicamente los *wamrimas* ricos llevan traje árabe; los pobres se visten sencillamente como los negros. Raras veces se presenta en público un *mrima* sin su lanza ó su palo. Las mujeres sólo por excepción llevan el

rostro cubierto con un velo; en cambio todas llevan en el ala izquierda de la nariz un clavo de plata ó de metal ó un pedazo de mandioca y se agrandan desmesuradamente las orejas con un trozo de madera ó de copal ó de nuez de betel. La variedad de sus peinados es grande: algunas se afeitan el cabello por encima de las orejas y de la frente, otras se hacen con él unos rodetes, quedando de esta suerte la cabeza como un melón y no faltan tampoco quienes se hagan dos rizos tiesos como cuernos.

Por lo que toca á la personalidad de los árabes, hay que consignar ante todo que cada vez van siendo más raros los descendientes de pura sangre de los inmigrantes de Omán, hasta el punto de que los mismos individuos de la familia reinante tienen el tipo marcadamente mulato. En virtud del proceso de mezcla perdieron rápidamente su hermoso color y sus bellas facciones los árabes de la última inmigración, al paso «que apenas puede distinguirse de



Pipa nubia, de marfil (Christy Collection, Londres). $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño

los habitantes primitivos» á los descendientes de los primeros que inmigraron en la costa (Stanley). No á todos puede aplicarse la afirmación de que el árabe mestizo de esta costa ha degenerado física y moralmente, aunque en realidad al llegar á la tercera generación casi es tan negro como las oscuras tribus del interior, pudiendo llegar el caso, según Burton, de que estos mestizos al regresar al país de sus mayores sean vendidos en él como esclavos. La frente, los ojos y el cabello indican á menudo una raza noble, pero en cambio los pómulos, los labios abultados y la barba deprimida constituyen otros tantos caracteres infaliblemente negros. Por lo demás, aun los criollos de pura sangre nacidos en la isla ó en la costa de Zanzíbar truecan el temperamento enérgico y rígido del árabe por el línfático y afeminado que caracteriza á los banianos de esta costa, indolentes y disipados, aunque inteligentes y astutos. La educación del árabe de las costas orientales africanas también lleva impreso el sello colonial: cuando cuenta siete ú ocho años aprende en tres años á leer el Alcorán y á escribir en una escritura anticuada «más incompleta que la cúfica.» Con esto y algunos cantos y oraciones, encuéntrase ya en disposición de ponerse al lado de su padre para atender á los negocios ó á las plantaciones y de entregarse á las libaciones y á los lances amorosos. La costumbre de fumar opio ha sido allí importada de la India. Cuando llegado á los 17 ó 18 años empieza á sentir los efectos de su disipada vida, toma esposa y comienza á dedicarse por completo á sus negocios y á su familia y visita raras veces Zanzíbar, en donde se siente molestado por la semicivilización, por la sociedad oriental y por el desprecio con que allí se mira á los que tienen la piel negra, pero no aban-